

tas passiones: cómo en figura se dice que lo hazian aquellos pastores à quien anunció el Angel el nacimiento del Señor: (a) los quales estaban velando y guardando las vigalias de la noche sobre su ganado. Pues no menos debemos estar nosotros atentos sobre la guarda destas passiones naturales: las quales à manera de bestias se mueven con la presencia de sus objectos, como qualesquier otras bestias; previniendo muchas vezes la razon, y tomándole la delantera. Y assi estas son las que nos hazen muchas vezes semejantes à las bestias, en la manera de proseguir nuestros appetitos, derribándonos de la silla y dignidad real de hombres, y haziendonos como brutos animales, borrando por entonces la imagen de Dios, y poniendonos imagen de bestias. Estas nos hazen esclavos del demonio, rebeldes à Dios, captivos del peccado, siervos del mundo, y sujetos à todas las miserias y mudanzas dél. Estas ciegan el entendimiento, captivan la voluntad, y enflaquecen el libre alvedrio, turbah la paz de la consciencia, destierran el alegría espiritual del animal, privanla de la verdadera libertad, quitan el reposo de la consciencia, echan fuera del anima las virtudes, e introducen los vicios, en su lugar: y son finalmente causa (no siendo moderadas) de todos los males y desassossegos del mundo. Pues con estas cosas cómo tendrá lugar el amor de Dios, mayormente siendo estas passiones hijas legítimas del amor proprio y armas suyas? y

Pues por esta causa uno de los principales cuidados del siervo de Dios ha de ser traer siempre enfrenado este appetito, con todas sus passiones, como à un cavallo desbocado y de malas mañas, no soltandolo de la mano, ni dexandolo ir de boca tras de las cosas que apetece, haziendolo estar à raya, y dándole à comer por tassa, sin

dexarle hartar de lo que él quiere. Por tanto no dexé enlazar su corazon con demasiada afficion à las cosas visibiles y perescederas. No se afficione demasiadamente à ninguna cosa, aunque sea buena. Porque aunque el objecto sea bueno, nunca les buena la afficion quando es demasiada: pues vemos que no meos impide la vista de los ojos una plancha de oro que una de plomo. En todas las cosas que viere, oyere, tocare, poseyere, ò trataré, mire siempre no se le trave el corazon con algun affecto demasiado, ò de amor, ò de temor, ò de tristeza, ò de alegría, ò de ira: porque cada cosa destas haze impressión en el anima, y dexa en ella su semilla, que despues produce fruto de pensamientos y figuras que se le ponen delante, y le inquietan al tiempo de la oracion. Quando oyere algunas historias y negocios de cosas terrenas, oyalas con una manera de despegamiento y libertad, como en cosas en que no ivá mucho; pues todo es poco lo que no es por Dios y para Dios. Por donde assi como una candelá de cera metida dentro del agua sale della tan enjuta como estaba de antes; assi tambien tal ha de estar el corazon del siervo de Dios, que aunque ande en medio del mundo no se tome de las cosas dél. Nade pues encima de todas las cosas, y no se dexé ahogar en ellas: assi como lo haze el olio entre todos los liquores, que infundido en medio dellos siempre sube à lo alto. Y no menos ha de tener este cuidado en el despegamiento de las cosas pequeñas que de las grandes, pues (como diximos) no menos embaraza el anima la afficion de las unas que de las otras, quando es demasiada. En lo qual (como dice Cassiano) se engañan muchas personas que despues de aver dexado por amor de Dios todas las cosas del mundo, vienen à embarazarse de tal manera en el amor de algunas cosas pequeñas, que por ellas se turban y pierden

den la paz interior de sus animas.

Pues el que desta manera traxere regidas y domadas sus passiones, alcanzará las virtudes morales, que consisten en la moderacion dellas, quietará su anima, y hazerla há discipula de la verdadera sabiduria, que con esta quietud se alcanza: y alcanzará tambien la verdadera libertad y paz interior de su anima, que es el fruto de la justicia, y la que apareja morada para Dios: que es lo que aqui procuramos.

CAPITULO VII.

De la mortificacion de las malas inclinaciones y resabios particulares de cada uno.

ES tanta la flaqueza y miseria en que la naturaleza humana quedó por el peccado, que despues de purificada el anima de todas estas passiones y proprias voluntades que avemos dicho, que generalmente se hallan en todos los hombres, quedannos por vencer otros particulares resabios y malas inclinaciones con que cada uno nasce, ò que por mala costumbre ha adquirido. Y assi vemos unos naturalmente inclinados à ira, otros à gula, otros à pereza, otros à vanagloria, y otros à cobdicia. Unos son muy interessales, resabidos, maliciosos: otros pusillanimes, invidiosos, y maldicientes: otros son de suyo vanos, y amigos de ayre y de honra popular: otros son naturalmente presumptuosos y estimadores de sí mismos: otros son appetitosos, y muy voluntarios en todo lo que desean: otros son cabezudos y amigos de su proprio parecer: otros son capitales enemigos de toda molestia y trabajo, por la grandeza de amor que tienen à su proprio cuerpo, no queriendo darle pena en nada. Mas quien podrá contar todas las maneras de siniestros y resabios que ay en los hombres, los quales son casi

tantos como los mismos hombres?

Todo esto ya se ve quàn contrario es à Dios, y quàn mala cama puede hazer à su amor; y assi conviene que todo esto con lo demás vaya fuera de la posada que se apareja para Dios: pues una sola mala inclinacion no vencida basta para impedimento de la perfection, y para abrir la puerta à los otros enemigos del anima. Pues por esto conviene que sea el hombre diligentissimo escudriñador de todos sus resabios y malas inclinaciones; y pida siempre à nuestro Señor lumbré para conoscerlas, y fortaleza para vencerlas. Porque quien pudo en su Evangelio hazer del agua vino, (a) tambien podrá mudar las naturales condiciones, y hazerlas servir à la virtud. Y porque alli es mayor la batalla donde es mayor la fuerza de la naturaleza rebelde, aqui ha de ser mayor el trabajo, y la vigilancia, y la lucha. Y mire no le impida el amor proprio el conocimiento de sí mesmo, porque siempre es sospechoso qualquier juez amigo de su propria causa. Huelgue de ser avisado en todos sus defectos, y piense que le descubrió un thesoro quien le avisó de algun defecto, que como no lo conocia, no lo emendaba.

Mas no se ha de contentar con pedir siempre à nuestro Señor esta lumbré y fortaleza para conoscerse y vencerse, sino (como suelen decir, con el mazo dando, y à Dios llamando) él tambien batalle y haga de su parte todo lo que fuere en sí. Meta pues la mano en su seno, y mire muy bien todos los rincones de su consciencia: examine todos los vicios à que se sienten mas inclinado, si à odio, si à ira, si à gula, si à pereza, si à invidia, si à parleria, si à lisongeria, si à jactancia, si à vanagloria, si à liviandad y facilidad de corazon, si à regalo y buen tratamiento de su cuerpo, si à soberbia, si

à pusillanidad y flaqueza de corazón, si à apretamiento y escaseza, y assi de todos los otros vicios: y determinese tomar esta tan gloriosa empresa en las manos, como es vencer à sí mismo, y desterrar todos estos monstruos de su anima, y limpiar la tierra de promision de estas bestias ponzoñosas, y no descansar ni dár sueño à sus ojos hasta salir al cabo con ella. Y las malas inclinaciones y vicios por ninguna via los entenderá mejor que trabajando por alcanzar las virtudes contrarias. Porque al abrazar de la virtud, se declara la contradicción del vicio que le repugna. Porque nunca el hombre conoce bien la fuerza de sus vicios, hasta que trabaja por salir dellos.

Para esto le ayudará tambien el examen ordinario de la propria consciencia, que à lo menos se ha de hazer una vez al día: en el qual debe de entrar en juicio consigo, y sacar à plaza todos sus malos afectos y siniestros, y examinar todas sus palabras, obras y pensamientos, y la intencion que tiene en lo que haze, y el fervor y devocion con que lo haze: y castigarse y penitenciarse por lo que mal hiziere, con algunas maneras de penitencias, que para esto debe de tener señaladas: y pedir à Dios instantemente gracia para salir vencedor. Conoscey yo una persona que quando al examen de la noche hallaba que avia excedido en alguna palabra mal hablada, se echaba una mordaza à la lengua, en penitencia de lo que habló: y otra que tomaba una disciplina por esta culpa, ò por qualesquier otros defectos. Y con esto demás de la satisfacion de la culpa, quedaba el anima mas hostigada y medrosa para no osar otra vez desmandarse en cosa mala: y assi puede cada uno trazar su manera de penitencia conforme à estas.

Aprovechará tambien à semanas tomar à pechos la victoria de algunos

particulares vicios, y traer para esto alguna despertador consigo que le traya à la memoria esta empresa: como es ceñir à las carnes alguna cosa que le dé pena, para que aquello le esté siempre amonestando y estimulando à que ande sobre aviso en aquel negocio, y no se duerma.

Desta manera pues irá desterrando todos los Jebuséos (que son todos los vicios y malas inclinaciones) de la tierra de promission, que es su anima: para que venga à morar en ella Dios, y assi sea ella transformada en el mismo Dios: pues (como está dicho) si no despidieremos de nuestra anima todo lo que es contrario y desemejante à él, no podremos ser transformados en él.

CAPITULO VIII.

De la victoria y purificacion de todos los peccados.

Dicho avemos hasta aqui de las principales raizes y fuentes de todos los peccados: que son el amor proprio, la propria voluntad, las pasiones, y las malas inclinaciones de nuestra carne. Estos son los quatro vientos principales que rebuelven la mar y la tierra. Estos son como los quatro elementos de que se componen todos los peccados del mundo. Estos son los quatro rios principales que salen, no del paraíso, sino de la corrupcion del peccado, con que se riegan todas las plantas de los vicios que nascen de nuestra carne. Y pues avemos ya tratado de las raizes y semilla de los males, será razon que tratémos tambien del fruto dellos, que son los mismos peccados y males: pues estos son los que mas daño hazen al anima, y mas cierran la puerta al amor de Dios que aqui buscamos; pues está escripto: (a) Los que amais à Dios, aborreced la maldad. Y assimesmo, que en la mala anima no reposará la sabiduria, ni morará en el cuerpo sujeto à peccados. (b)

(a) Psalm. 96.

(b) Sapient. 1.

Y como aya dos maneras de peccados, unos mortales, y otros veniales; de los mortales assáz está dicho en el segundo libro de Guia de Peccadores: donde se trató del remedio de los siete vicios capitales. Restan los veniales, que aunque no apagan la charidad, apagan el fervor della, y disponen para su muerte; y demás desto escurecen el anima, impiden la devocion, desmayan el corazón, cortan el hilo de los buenos exercicios, distrahen el hombre, y ponen como una nube entre Dios y él. Por tanto conviene que cada uno vele diligentemente sobre la guarda de sí mismo, con tantos ojos como nos representan los animales de Ezechiél, (a) atalayandose por todas partes, y examinando con diligencia todas sus obras, palabras, propositos, deseos, y pensamientos, para no desdecir en nada (quanto nos sea possible) del nivél de la ley de Dios. Porque esta es principal disposicion que se requiere para buscar à este Señor, y para aderezarle la possada, segun aquello del Psalmó que dice: (b) El juicio y la justicia son el aparejo de la silla de Dios. Porque con tales aderezos ha de ser adornada la casa deste Señor: el qual como es sancto, assi quiere que sea sancto el tabernaculo en que ha de morar. Arriba diximos que la pureza del corazón era el principal medio para alcanzar el amor de Dios: y no es pequeña parte desta pureza la limpieza de la consciencia, que libra al hombre de todo peccado, y sanctifica la casa del Señor. El muy precioso y fino esmalte no se assienta sobre hierro, sino sobre oro: y assi esta virtud celestial no se comunicará à las animas sucias, sino à las purificadas y limpias. Lo qual por muchas maneras de palabras nos representa el Ecclesiastico, diciéndo (c) que Dios mandó à la Sabiduria que se heredasse en Israel, y que en medio de sus escogidos echasse sus raizes, y que

Tom. III.

morasse en la ciudad sanctificada, y se detuviesse en la compañía de los sanctos. Pues por todas estas maneras de palabras se nos dá à entender quán pura y limpia ha de estar la casa donde ha de reposar la sabiduria divina. Y esto cierto con mucha razon: porque assi como quanto un espejo está mas puro y limpio, tanto mas resplandescen en él los rayos del sol; assi quanto mas limpia y pura estuviere una anima, tanto mas en ella resplandescerán los rayos de la sabiduria divina, y tanto mas perfectamente alcanzará la inteligencia de todas las cosas por su gran pureza. Por todas estas causas debe el hombre andar muy sobre aviso, mirando donde pone los pies, para no desvariar en peccados, temiendo en todas cosas, y aperciendose para cada una dellas, è implorando siempre el favor y ayuda de Dios: trayendo primero à juicio, y haziendo reflexion siempre sobre todo lo que viviere de hazer, para que no desdiga del compás de la razon. Mas con todo esto pare mientes que de tal manera se indigne contra sí y se castigue, que del todo no pierda los estri-vos, ni desmaye y corte el hilo de sus buenos exercicios por muchas vezes que desvare en algunos defectos livianos, sin los quales no se puede passar esta vida. Porque natural cosa es traer consigo el peccado desmayo y temor, como dixo el Sabio: (d) La fortaleza del varon sencillo es andar por el camino de Dios: mas por el contrario, siempre andan con temor los que obran mal. Pues como este miedo sea tan natural al peccado, muchos se entregan de tal manera à él, que pierden el vigor y esfuerzo que es menester para continuar los exercicios de la virtud. Por lo qual conviene tener tal templanza entre el esfuerzo y el temor, que ni la demasia del temor nos haga desmayar, ni la falta del esfuerzo afflojar en el proposito comenzado.

Oo 2

CA.

(a) Ezech. 10. (b) Psalm. 88. (c) Ecol. 24. (d) Prov. 10. & 28.

CAPITULO IX

De otros impedimentos del amor de Dios: y señaladamente de las ocupaciones quando son demasiadas.

Estos son los principales impedimentos del amor de Dios. Pero fuera de estos ay otros, que tambien impiden esta virtud, faciles de enseñar, y no tan faciles de vencer. Pero esta se puede tener por regla general: que todo lo que es desemejante ò contrario à Dios, es tambien contrario à su amor. Porque como la condicion deste amor sea unir el animà con Dios, y transformarla en él; y la union presüponga semejanza de las cosas que se han de unir: todo lo que impide la semejanza, tambien impide la union, y por consiguiente el amor. Assi vemos que naturalmente no puede juntarse el fuego con el agua; porque son cosas contrarias: ni tampoco el agua con el olio; porque aunque no sean entre sí contrarias, son desemejantes. Tampoco se puede amasar el barro con el hierro, por la mesma causa: porque el uno es duro y el otro blando. Mas muy bien un olio con otro olio, y qualquiera otro liquor con otro que le sea semejante. Pues por esta causa no solo conviene que el deseo del amor de Dios despienda de su animà todos los peccados mortales (que son contrarios à este divino amor) sino tambien todas las imperfecciones, y todo lo que fuere desemejante à Dios; para que assi se pueda unir à él, y hazerse (en quanto à la flaqueza humana se conceder) semejante à él. Lo qual vino à alcanzar Plotino Philosopho Platónico: el qual dixo que porque en Dios avia tres propiedades, que eran ser el unico y summo bien, tal se avia de hazer el hombre en su manera para unirse con él. Y por tanto (dice él) quien quisiere unirse y hazerse

semejante al bueno, conviene se aparte de todas las cosas malas: y quien al summo, de todas las baxas: y quien al unico, de las muchas. Donde en pocas palabras apuntó tres grandes necesarios para esta union. El primero y mas necesario es apartarse de todas las cosas malas: que es de todos los peccados. El segundo grado mas alto que este, es apartarse de todas las cosas baxas, aunque no sean malas: como es, entender en negocios de tierra, y en tratos de hacienda; porque aunque estos no sean malos, todavia son exercicios viles y baxos: sino es quando à ellos nos obliga ò la obediencia, ò la necesidad, ò la charidad. El tercero es aun mas alto: que es, apartarnos de entender en muchas cosas, aunque ni sean malas, ni baxas, sino buenas, quando son demasiadas: quiero decir, quando nos cargamos de mas ocupaciones de lo que puede sufrir la flaqueza de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo. Por donde venimos muchas vezes à dar con la carga en tierra, y ahogar el espíritu, y perder la devocion. Porque con la muchedumbre de los negocios ni nos queda tiempo ni corazon para las cosas della. Contra lo qual escribe muy largo Sant Bernar-do al Papa Eugenio. (a) Y contra esto mesmo nos amonesta el Sabio, diciendo: Hijo, no te ocupes ni te derames en muchas obras: porque el que en menos obras se ocupare, aprovechará mas en el estudio de la sabiduria: la qual quiere él que aprendamos en el tiempo de la quietud. Y conforme à esto mandó el bienaventurado Sant Francisco à sus religiosos en su Regla, que trabajen mas de tal manera, que no sea tanto el exercicio de la ocupacion, que ahoguen el espíritu de la oracion: al qual han de servir todas las cosas. Y esta verdad que nos enseña este Santo, enseña tambien Seneca: el qual tiene por tan

III gran-

grande impedimento las muchas ocupaciones para la virtud, que dixo estas palabras: Ninguno jamás llegó à tener buena consciencia estando demasiadamente ocupado. Esto pudo decir un Philosopho. Y no es esto de maravillarse: porque pues la virtud es la mayor de todas las cosas del mundo, no es mucho ser necesario desocuparnos de todo otro negocio no necesario para alcanzar cosa tan ardua. Pues el que estos tres impedimentos quitare de por medio, tenga por cierto que alcanzará este tan gran thesoro.

Y no se maraville nadie que aya yo aquí cargado tanto la mano en este negocio de la mortificacion: porque la experiencia nos ha mostrado aver muchas personas dadas à los exercicios de la oracion, y aun de otras virtudes y buenas obras, las quales con todo esto están tan enteras en su propia voluntad, y tienen tan vivas sus passiones, como si ningun trato y comunicacion tuvieran con Dios. Y assi vienen à reventar con impaciencia en palabras desordenadas, quando en algo les tocan; como lo declara S. Chrysostomo en los libros del Sacerdocio, y como cada dia nos lo muestra la experiencia. Los quales parece que mas se ocupan en la oracion por su gusto y entretenimiento de la vida, que por conseguir el fin à que ella se ordena, que es el cumplimiento de la voluntad divina, y la mortificacion de la propia: pues está claro que ha de morir la una para que viva la otra.

Y si al Christiano lector le pareciere que es mucho lo que aqui le pedimos, acuerdese que le pedimos à sí, y le damos à Dios. La causa de la dificultad que en esta jornada ay, es la grandeza de lo que se busca. Porque aunque Dios sea tan largo y tan comunicativo de sí y de todas sus cosas, pero todavia como es in-

finitamente Sabio y justo dispone todas las cosas con grande orden y proporcion. Y à esta pertenesce que para recibir tan grandes dones se disponga el hombre con grandes trabajos; para que aya alguna manera de proporcion y correspondencia entre lo que se dá y se recibe; entre la disposicion y la forma: y entre la mercaderia y el precio della.

Estas son, Christiano lector, las principales cosas que ha de mortificar y purificar en sí el anima que desea hazerse un espíritu con Dios, y que ha de ser admitida al thalamo y recámara de aquel esposo celestial. Esto nos es figurado en la Escritura divina de muchas maneras. Porque esto primeramente significa aquella circuncision general que mandó Dios hazer à Josué en todos los hijos de Israel, pasado el rio Jordán, quando entraban en la tierra de promission. (a) Porque la tierra de promission, adonde todos en esta vida caminamos por el desierto de la penitencia, es la perfeccion de la charidad: en la qual nadie entrará sino despues de la circuncision general del amor proprio, con todos los otros males ò imperfecciones que nasceren dél. Esto es aquel descalzarse el mesmo Josué los zapatos por mandado del Angel, (b) por aver yá comenzado à poner los pies en esta mesma tierra, que es la region del amor de Dios. Este es aquel Psalterio de cuerdas, (c) y aquel adufe de pergamino que Dios nos pide en el Salmo, y en que él quiere ser alabado: que es un cuerpo y una anima mortificada yà, y libre de todos los amores y refrigerios sensuales. Porque assi como la cuerda y el pergamino que han de servir en estos instrumentos es necesario que estén enjutos y curados de toda aquella humedad y verdura que sacan del cuerpo del animal: assi conviene que este hombre tenga mortificadas y consu-

mi-

(a) Bernard. lib. 1. de Consider. (b) Ibidem. (c) Psalm. 32. Psalm. 80.

(a) Josue 5. (b) Ibidem.

(c) Psalm. 32. Psalm. 80.